

de 2,000 años antes en relaciones comerciales con los pueblos más civilizados del mundo, y que después llegaron en menos de cien años á crear una de las civilizaciones más brillantes de que los siglos han conservado memoria.

Ahora bien, no se improvisan una lengua y una literatura; de modo que su sola existencia es prueba de un largo pasado. Las relaciones seculares con las naciones más civilizadas llegan siempre á conducir á la civilización á los pueblos que son capaces de ella; y los Arabes han suficientemente demostrado que se hallaban en este caso. Finalmente para llegar á crear en menos de un siglo un vasto imperio y una civilización nueva, eran necesarias aptitudes, que son siempre fruto de lentas acumulaciones hereditarias, y por consiguiente de una larga cultura anterior. Con pieles-rojas ó con australianos no hubieran podido los sucesores de Mahoma formar esas ciudades brillantes que durante dos siglos fueron los únicos focos de las ciencias, de las letras y artes, lo mismo en Asia que en Europa. Muchos otros pueblos han derribado imperios, como los Arabes, sin que ninguno pudiese formar una civilización; tardando mucho, por falta de cultura anterior, en aprovecharse de la civilización de los pueblos que habían vencido. Muchos siglos de esfuerzo han necesitado los bárbaros que se apoderaron del imperio romano para crear una civilización con los restos de la latina, y salir de las tinieblas de la Edad media.

Primero que tratemos de discernir, con los escasos documentos que poseemos, lo que fué la civilización de los Arabes antes de Mahoma, vamos á resumir brevemente lo que sabemos de su historia.

## II

### HISTORIA DE LOS ÁRABES ANTES DE MAHOMA

Han tenido los Arabes, como todos los pueblos, un período prehistórico. El estudio de los restos de armas, de instrumentos y viviendas que dejaron en las capas geológicas del globo nuestros primitivos antepasados, demuestra que muchos siglos antes de la corta duración de los sucesos de que la historia se ocupa, y durante un período que no cabe calcular sino por millones de años, el hombre ignoró los metales, la agricultura, el arte de domesticar á los animales y no tuvo sino fragmentos de sílice por toda arma. Háse dado á este primitivo período el nombre de «Edad de la piedra pulida,» y doquiera

que la arqueología prehistórica ha dirigido sus investigaciones, lo mismo en Arabia que en Europa y América, ha hallado rastros de esa lejana época.

Los restos envueltos en las capas geológicas del suelo demuestran que esa Edad de la piedra tiene la misma analogía en todos los pueblos; y con tales elementos fácil ha sido reconstituir las condiciones de existencia y hasta el estado intelectual de nuestros más antiguos antepasados. Como ya hemos hecho este trabajo en nuestra obra anterior, es inútil ocuparnos más de él.

Las más antiguas tradiciones de los Arabes no remontan más allá de Abraham; pero la lingüística nos prueba que en época mucho más lejana todas las vastas regiones comprendidas entre el Cáucaso y el Sud de Arabia eran habitadas, si no por la misma raza, al menos por pueblos que hablaban la misma lengua. El estudio de las lenguas llamadas semíticas demuestra, en efecto, que el hebreo, el árabe, el fenicio, el siríaco, el asirio y caldeo tienen un estrecho parentesco, y por consiguiente un origen común.

Ignoramos cuáles fueron las influencias de centros y de condiciones de existencia que determinaron la diferenciación de los pueblos que habían salido de la raza primitiva que acabamos de citar, y por lo tanto sólo podemos hablar de su parentesco con los Arabes, única gente de que ahora vamos á ocuparnos.

Las fuentes de la historia de los Arabes antes de Mahoma son los libros de los Hebreos, las tradiciones de los Arabes, los escasos documentos que nos dejaron algunos historiadores griegos y latinos, y un corto número de inscripciones, como las asirias ó las descubiertas en el Safa, cerca de Damasco.

Los libros de los Hebreos reconocen el parentesco de éstos con los Arabes, considerando á éstos como un pueblo más antiguo que ellos mismos.

Sus luchas intestinas duraron muchísimo, de modo que la Biblia habla frecuentemente de los Amalecitas y Madianitas de la península del Sinaí, y de los Sabeos de la Arabia meridional.

Siguiendo las tradiciones de los Arabes, tomadas evidentemente de las fuentes judaicas, Kachtán, ó Jectán, de la raza de Sem, é Ismael, hijo de Abraham y de su criada egipcia Agar, habían sido los padres de dos razas que primitivamente poblaron la península, los sedentarios al mediodía y los nómadas al norte; y una vez establecidos en el Yemen, los hijos de

Jectán fundaron la dinastía sabea y la dinastía hemiárica; mientras que los hijos de Ismael se asentaron en los confines de la Palestina, en el Hedjaz, donde fueron los primeros señores del territorio de la Meca, la que disputó largo tiempo á Saná, ciudad principal del Yemen, el título de capital de la Arabia.

Los Nabateos, los Idumeos, los Moabitas, los Amalecitas, los Ammonitas y Madianitas, tribus numerosas, cuyos nombres cita frecuentemente la Biblia, no eran más que descendientes de Ismael; en términos que probablemente fueron Amalecitas los que asociados con unos nómadas sirios invadieron el Egipto



Mujeres beduinas del desierto de Siria. — De fotografía

unos 2,000 años antes de J. C., y con el nombre de reyes Pastores, sostuvieron allí su dominio durante muchos siglos.

Los Amalecitas, los Idumeos, los Moabitas y Ammonitas acabaron por concentrarse en la Arabia pétrea y la Arabia desierta; y viviendo en continua guerra con los Hebreos, se opusieron durante largo tiempo á su entrada en la tierra de Canaán. Sólo David y Salomón llegaron á someterlos, bien que por muy poco tiempo.

Las inscripciones asirias nos hablan con frecuencia de los Arabes, pero tan sólo de los del Norte, ó sea de los de Siria y de las regiones vecinas. Los Arabes vienen ya mencionados en un texto de Salmanasar II, nueve siglos anterior á J. C.; y unos ocho siglos antes de este mismo, Teglatphanassar II recibió homenaje

de dos reinas árabes. Hassar Haddón pone en un trono á una princesa árabe educada en la corte de Nínive; y en tiempo de Assurbanipal, la rebelión de un hermano del rey encontró apoyo en ejércitos árabes.

Los cronistas árabes son los únicos que hablan con algunos detalles de las regiones más meridionales de la Arabia; y aunque sus relaciones están llenas de tal oscuridad y exageración, que difícilmente permiten apoyarse en ellas, pueden servir para confirmar lo que los griegos y latinos nos dicen del poder del Yemen. Según los autores árabes, esta región era asiento del más poderoso imperio, habiendo gobernado sus reyes durante 3,000 años, y enviado expediciones á China, India y Africa, incluso las regiones que hoy constituyen Marruecos.

Lo que con un poco de precisión nos cuentan los historiadores griegos y latinos acerca de la historia de la Arabia, ó al menos de las pequeñas fracciones de la Arabia, puede reducirse á cortas líneas y no remonta á una época anterior á Alejandro.

Los griegos conocieron más de cuatro siglos antes de J. C. las riquezas de los Arabes, por cuya razón se determinó Alejandro á intentar la conquista de la Arabia, de modo que la expedición de Nearco á los contornos de la península no era más que un prelude de la que luego hubiera acometido el monarca si la muerte no llega á impedirlo. Cuando se dividió el imperio de Alejandro, las regiones cercanas á las fronteras de Palestina y Egipto, habitadas por los Arabes, cayeron en manos de Ptolomeo; y los Nabateos se adhirió al partido de éste contra Antígono; por cuya razón, cuando éste fué dueño de Siria y Fenicia, envió contra ellos á uno de sus mejores generales, quien después de apoderarse de Petra por sorpresa, quedó destruido con todo su ejército de 4,600 hombres. Entonces Antígono dió el mismo encargo á su hijo Demetrio, de quien cuenta Diodoro de Sicilia que al llegar á Petra, los Arabes le hablaron del modo siguiente: «Rey Demetrio, ¿por qué nos haces la guerra, á nosotros que habitamos desiertos donde nada hay de lo necesario á la vida cómoda de los habitantes de las ciudades? Sabe que si nosotros hemos buscado refugio en medio de una región privada de todos los recursos, es por estar resueltos á huir de toda esclavitud. Consiente pues en aceptar los presentes que te ofrecemos para hacer retirar tu ejército, y ten la seguridad de que en adelante hallarás en los Nabateos unos amigos fieles. Empero si prefieres continuar el sitio, dentro de poco sufrirás todo género de privaciones, sin que de ningún modo puedas obligarnos á observar un género de vida diferente del que estamos acostumbrados á seguir desde nuestra infancia; y aunque llegases á hacer entre nosotros algunos prisioneros, no hallarías en ellos sino esclavos desanimados, incapaces de vivir bajo otras instituciones que las nuestras.»

Viendo Demetrio que tenía la dicha de terminar con la paz una guerra que consideraba erizada de dificultades, aceptó los presentes y se retiró.

Hasta la Era cristiana las tribus del desierto tomaron partido, ya por los Egipcios, ya por los Sirios, en las numerosas guerras que devastaron esas comarcas, y sus incursiones y asaltos lle-

naron de cólera á los emperadores romanos, cuyo dominio se extendía hasta el Eufrates, los cuales enviaron contra los habitantes de la Arabia pétrea muchas expediciones que no dieron otro resultado que el pago de tributos transitorios ó la suspensión momentánea de las correrías. Hacían entonces esos nómadas la guerra como todavía la hacen hoy, fatigando al enemigo con ataques imprevistos, y escapándose al desierto así que eran perseguidos.

Deseoso Augusto de poseer aquellas riquezas que hacía tantos siglos exaltaban las imaginaciones de Griegos y Romanos, envió una expedición contra el Yemen; pero se frustró completamente, y tan sólo en tiempo de Tiberio los Romanos llegaron á conquistar por corto tiempo ese rincón de Arabia, casi del todo habitado por los nómadas, que constituye la península del Sinaí. Entonces la antigua ciudad árabe de Petra fué una magnífica ciudad romana, cuyas ruinas todavía subsisten.

Los Arabes anduvieron muchas veces mezclados con los Romanos en las guerras de éstos con los Persas; y hasta un Árabe, llamado Felipe, llegó á ser en 244 emperador romano. Un día llegaron á amenazar el Asia Menor, y sólo la destrucción de Palmira por Aurelio, en 272, les alejó de esta región. Entonces la Siria fué una provincia romana gobernada en parte por príncipes árabes, llamados Ghassanidas, bajo el protectorado de los emperadores.

Cuando se transfirió el imperio romano á Constantinopla, los Arabes disputaron á los Griegos y á los Persas la posesión del Eufrates, pues unas tribus llegadas del Yemen habían invadido mucho antes este país, fundando en él, cerca de la Babilonia meridional, á orillas del río (en 195 de J. C.) y junto á la moderna Kufa, la ciudad de Hira, cuyos soberanos rivalizaban en lujo con los monarcas de Persia y Constantinopla. «Sus palacios estaban adornados de los muebles más preciosos, y sus jardines de las flores más raras; mientras el Eufrates, surcado de elegantes embarcaciones, reflejaba por la noche los miles de luces de sus barcas, atestadas de ricos señores y de hábiles músicos. Los Arabes han empleado todos los recursos de su imaginación en contar las maravillas de esos palacios encantados, que entonces eran las más hermosas y saludables mansiones de todo el Oriente.»

El reino de Hira duró 400 años, lo cual es una duración muy respetable para un imperio; pero conocemos muy poco su historia, bien

que ha llegado á nuestra noticia que en 605 cayó en poder de los Sassánidas y se transformó en una satrapía persa, aunque por poco tiempo, pues Mahoma iba á aparecer en la escena del mundo, y sus sucesores no tardaron en conquistar el imperio de los Persas.

El precedente resumen demuestra que, salvo en sus fronteras del Norte, la Arabia se había salvado de todas las invasiones; y que los grandes conquistadores egipcios, griegos, romanos y persas, que habían aislado al mundo, nada pudieron contra ella, continuando siempre cerrada aquella inmensa península.

Pero en el momento de aparecer Mahoma estaba amenazada de terribles invasiones. En el año 525 de J. C., el Yemen, que hasta entonces no había obedecido más que á soberanos árabes, era invadido por Abisinios, que trataron de propagar allí el cristianismo, llegando á convertir varias tribus; y en 597, ó sea muy poco antes de Mahoma, los Abisinios debieron huir ante los Persas, que establecieron en aquel punto á unos vireyes, los cuales reinaron en el Yemen, el Hadramot y Omán hasta la llegada del profeta.

Sin embargo, esta dominación no sólo fué pasajera sino que nunca comprendió la vasta región del Nedjed y el Hedjaz; cabiendo decir que entre todos los países civilizados del mundo la Arabia es quizás el único cuya mayor parte no ha conocido jamás el dominio extranjero.

### III

#### CIVILIZACIÓN DE LA ARABIA ANTES DE MAHOMA

Los autores bíblicos nos hablan frecuentemente del comercio de los Arabes, de las ciudades que poseían, y particularmente de Saba en el Yemen; pero si sus indicaciones revelan la existencia de grandes ciudades en una época muy remota, no nos dan ningún documento acerca de ellas.

Unos cuatrocientos años antes de J. C., Herodoto habló de la Arabia feliz como de la región más rica del globo; y dice que en Mareb, la antigua Saba de la Biblia, había opulentos palacios, provistos de pórticos dorados, llenos de jarros de oro y plata, y de camas de descanso hechas de metales preciosos.

Strabón da noticias análogas, y citando á Artemidoro, cuenta que dicha ciudad de Mareb era maravillosa; que la techumbre de los palacios estaba adornada de oro, marfil y piedras

preciosas, y las casas suntuosamente amuebladas y llenas de jarrones ricamente cincelados. Según Eratóstenes, las casas se parecían á las de Egipto por el modo con que estaba hecha la armazón.

Las antiguas crónicas árabes concuerdan con los datos de los autores clásicos, alabando todos unánimemente la riqueza del Yemen. «Allí se veían, dice Massudi, á propósito del país de Mareb, hermosos edificios, árboles magníficos, gran número de canales y ríos que recorrían la tierra en todas direcciones. Tal era el estado de este país, cuya longitud y latitud comprendía el espacio que un buen jinete podría recorrer en un mes. Todo viajero, ya fuese á pie, ya á caballo, podía seguir este camino de uno á otro extremo, sin sentir los ardores del sol; porque siempre estaba dentro de una espesa sombra que no cesaba un momento; pues los árboles, cuyo cultivo era la riqueza de la comarca, cubrían toda esta tierra y le deparaban un abrigo continuo. Los habitantes disfrutaban de todas las comodidades de la vida, teniendo con abundancia todos los medios de subsistencia, así como una tierra fértil, un aire puro, un cielo sereno, numerosos manantiales de agua, un gran poder, un dominio bien cimentado y un imperio próspero hasta el más alto punto; todo lo cual contribuía á convertir su país en una morada cuyas ventajas habían llegado á ser proverbiales. Distingúense también por la nobleza de su conducta y por el agrado con que recibían del modo más obsequioso, y cada cual según sus medios, á los forasteros que iban á su país, y á todos los viajeros. Duró este estado de prosperidad tanto cuanto plugo á Dios; ningún rey les resistió sin quedar derrotado; ningún tirano se puso en marcha contra ellos, con sus ejércitos, sin verse deshecho; todas las regiones les estaban sometidas, todos los hombres acataban sus leyes, y ellos eran como una diadema en la frente del universo.»

La prosperidad de esta parte del Yemen dependía, según parece, de las famosas esclusas de Mareb, construidas, á lo que dicen los autores árabes, por una reina llamada Balkis, y que suponen fué la misma que visitó á Salomón. Estaban dichas esclusas á la entrada de cierto valle, formado por altas montañas, entre las cuales corría un rápido torrente; y transformaron el valle en un lago inmenso que en seguida servía para el riego de toda la región. Hacia el primer siglo del cristianismo fueron destruidas, lo cual produjo la despoblación del país.